

¡OBREROS DEL MUNDO ENTERO, UNIOS!

KIM JONG IL

ELEVEMOS MAS EL PAPEL DE LOS INTELLECTUALES EN LA REVOLUCION Y LA CONSTRUCCION

**Discurso pronunciado ante los funcionarios
directivos del Comité Central del Partido
del Trabajo de Corea
20 de septiembre de 1990**

**Ediciones en Lenguas Extranjeras
Pyongyang, Corea
1995**

La situación imperante es muy compleja. Las maniobras antisocialistas de los imperialistas acaudillados por los norteamericanos se tornan más abiertas y varios países socialistas pasan por una grave crisis político-económica, retrocediendo hacia el capitalismo. Estos, que desde hace mucho tiempo combatían hombro a hombro, junto con nosotros, en el camino por el socialismo y el comunismo, ahora nos dan las espaldas y toman las manos de los imperialistas. Paralelamente a estas conjuras imperialistas contra el socialismo, los títeres surcoreanos maniobran con más obstinación que nunca para fabricar "dos Coreas" y, por detrás del telón de las conversaciones, exacerbaban el estado de enfrentamiento político-militar entre el Norte y Sur. En esta situación lo importante es dotar sólidamente a los militantes del Partido y demás trabajadores con la idea Juche y aglutinarlos compactamente en torno al Partido. Sobre todo, se presenta como una exigencia muy apremiante llevar a buen término la labor con los intelectuales. Como éstos pueden ser influenciados más fácilmente que otras clases y capas sociales por corrientes ideológicas de diversa índole, si no se presta atención a la labor con ellos, es posible que algunos, no preparados, se dejen cautivar por el viento del liberalismo imperialista, trayendo así graves consecuencias a la revolución y la construcción. Ahora, en ciertos países socialistas, los intelectuales, embaucados por la propaganda anticomunista y las conjuras antisocialistas de los imperialistas, se colocan a la delantera en oponerse al Partido y al Estado de la clase obrera e introducir el capitalismo. Entre ellos se manifiestan hasta prácticas de que, en lugar de entregar sus conocimientos al desarrollo científico, técnico y artístico-literario de sus patrias, las traicionan y huyen a países capitalistas, haciéndose

ilusiones con el capitalismo y soñando con la vida de lujo y altos honores personales.

Este hecho nos da una seria lección. Por supuesto, gracias a la correcta política del Partido, nuestros intelectuales se forman como genuinos servidores de la clase obrera y demás masas del pueblo trabajador, como revolucionarios fieles al Partido y la revolución. Sin embargo, en el pasado, entre algunos de ellos, poco preparados, surgieron, aunque aisladamente, fenómenos de pensar en su vida personal antes que en la revolución. Aunque los obreros y campesinos veían transitorias las incomodidades que surgían en la vida y, tolerándolas, trabajaban llenos de optimismo para el mañana más feliz, ellos no procedieron así. No podemos considerar ajeno lo que sucede entre los intelectuales de ciertas naciones socialistas. Nos compete tener clara conciencia de que éstos, aunque son talentos que conocen de la ciencia y la técnica, si el partido de la clase obrera no acierta en la labor con ellos, resultan un rompecabezas, y no joya al servicio de la revolución y la construcción. Al prestar siempre una atención especial al trabajo con los intelectuales, debemos lograr que todos cumplan de manera impecable con su misión y deber ante el Partido y la revolución.

Los intelectuales ocupan una posición y papel muy importante en la revolución y la construcción.

Son parte integrante del sujeto de la revolución.

Procedentes de diversas clases forman una capa social. Al principio, aparecieron cuando se dividían el trabajo físico y el intelectual, por razón de cierta profundización de la cognición de la naturaleza y la sociedad y las actividades prácticas. Hasta en la sociedad feudal, casi todos procedían de la clase gobernante. En la capitalista surgieron, además de los intelectuales de la clase propietaria, los de origen del pueblo trabajador, aunque fueron en reducido número. A diferencia de la socie-

dad explotadora, en la socialista éstos ocupan la proporción predominante. En cualquier sociedad los intelectuales sirven a una u otra clase con sus conocimientos tecnológicos y otros de su especialidad. En la sociedad explotadora muchos trabajan en bien de la clase gobernante, pero los progresistas luchan contra esta clase, al lado de las masas populares trabajadoras. Opino que hasta ahora, en cuanto a la posición y el papel de los intelectuales se ha comprendido generalmente que éstos, como capa social compuesta por procedentes de diversas clases, no constituyen una clase en sí, sino que sólo sirven a una u otra con sus conocimientos tecnológicos y otros de su especialidad.

El partido de la clase obrera no debe considerarlos simplemente así. Junto con los obreros y campesinos, ellos se encargan de la revolución y componen su sujeto. La revolución es el movimiento del sujeto para realizar la independencia y este sujeto lo constituyen sólo las clases y capas sociales que luchan por alcanzarla.

La intelectualidad es una capa que aspira a la independencia. Se opone a la dominación y subyugación de las clases explotadoras y exige vivir y progresar de manera independiente, siendo dueño de su destino. Tiene un alto nivel de conocimientos culturales, odia lo caduco y reaccionario, ama la justicia y el progreso y es sensible para asimilar las ideas avanzadas. Los intelectuales progresistas luchan por lo nuevo y positivo contra todo lo viejo y negativo. Desde luego, en la sociedad capitalista muchos sirven a la clase dominante para sustentar la vida, pero en su mayoría son objeto de opresión y maltrato, viéndose obligados a trabajar por un sueldo. Aunque sus condiciones de vida son mejores que las de los obreros y campesinos, tampoco disfrutan de una auténtica vida, sometidos a los capitalistas y con la independencia coartada. De modo par-

ticular, los de las naciones coloniales están atenazados por la cruel opresión y maltrato nacionales, razón por la cual aspiran a la soberanía y la independencia de sus países y poseen espíritu revolucionario, antimperialista y democrático, o sea, espíritu inclinado a oponerse a los imperialistas y sus lacayos. De ahí que se interesen por la revolución democrática de liberación nacional antimperialista y, junto a los obreros y campesinos, se levanten en la lucha revolucionaria para alcanzar la independencia de sus países y naciones. También en la revolución socialista combaten activamente para, junto a la clase obrera y demás sectores de masas populares trabajadoras, barrer lo caduco y establecer lo nuevo. La revolución socialista les abre un ancho camino para que puedan disfrutar de una nueva vida independiente y creadora como auténticos dueños del Estado y la sociedad, de las ciencias y la técnica, y del arte y la literatura.

Su situación es idéntica a la de los obreros y campesinos en el sentido de que viven de su propio trabajo abnegado, sin explotar ni oprimir a nadie, además de que aspiran a la independencia. Con sus conocimientos especializados y técnicos se dedican al trabajo mental de las esferas respectivas, entre otras, las ciencias, la enseñanza, la salud pública, el arte y la literatura, y la prensa, en tanto que los obreros y campesinos realizan las faenas físicas en diferentes campos de la producción social. En la sociedad socialista pueden considerarse integrantes de la clase obrera que se dedican al trabajo mental.

Los intelectuales, por ser fuerte la exigencia y aspiración a vivir de manera independiente y contribuir con su trabajo mental a la causa de las masas populares por la independencia, forman el sujeto de la revolución, junto con los obreros y campesinos. Sólo cuando elevan sin cesar su posición como parte integrante de este sujeto, pueden hacer gala de la dignidad y el

honor del ser humano independiente, y llevar una vida más valiosa y digna.

Ellos son fuerza impulsora de la lucha revolucionaria y del desarrollo social.

En la lucha revolucionaria desempeñan el papel conductor que ilustra y concientiza a los obreros y campesinos hasta incorporarlos al movimiento revolucionario.

En otros tiempos, en nuestro país fueron los primeros tanto en iniciar la lucha de liberación nacional como en despertar la conciencia revolucionaria mediante la divulgación del marxismo-leninismo. Los jóvenes estudiantes y demás intelectuales jugaron un rol importante al armar con la ideología avanzada a los obreros y campesinos y orientarlos a emprender la lucha revolucionaria. Junto con los obreros y campesinos, los intelectuales no sólo participan activamente como fuerza motora en la lucha de liberación nacional y en la revolución democrática, sino que también aportan en gran medida al enérgico avance de la revolución mediante el incremento de la capacidad revolucionaria de las masas populares. Esto es una prueba de que ellos desempeñan un papel muy importante en el fortalecimiento del sujeto de la revolución.

En estos momentos, en la revolución surcoreana lo hacen los jóvenes estudiantes. Se esfuerzan con tesón para asimilar la idea Juche de nuestro Partido y divulgarla en gran escala. Junto con otros intelectuales conscientes, se ponen a la vanguardia de las filas que luchan con valentía para expulsar a los imperialistas norteamericanos del Sur de Corea y lograr la reunificación de la Patria. Desde la liberación hasta ahora, ellos no han cesado de combatir resueltamente contra el enemigo. Nuestro Partido los definió como fuerzas principales de la revolución en Corea del Sur. Por supuesto que entre ellos existen muchos procedentes de la capa media, pero esto no es una

condición para no considerar que son fuerzas principales de la revolución. Si los intelectuales pueden luchar, o no, estando al lado de las masas populares trabajadoras, eso no se decide por su situación socio-clasista, sino por su ideología. Todo juicio y acción del hombre se determina por su idea. Aunque sean intelectuales procedentes de la clase propietaria, si tienen conciencia de la justicia y la verdad y simpatizan con éstas, llegan a estar al lado de la revolución en la lucha contra lo caduco y reaccionario y por lo nuevo y progresista. La historia conoce que de ellos existieron muchos que combatieron contra los viejos regímenes explotadores, manteniéndose del lado de las masas populares trabajadoras, aunque sí hubo quienes sirvieron a la clase propietaria por su limitación ideológica. Es más que natural que los jóvenes estudiantes surcoreanos que están al frente de la lucha se consideren fuerzas principales de la revolución. En esta batalla los jóvenes estudiantes y los demás intelectuales conscientes no son simples personas que sirven de puente entre el movimiento revolucionario y los obreros y campesinos, sino forman parte importante de las principales fuerzas motoras de la revolución.

Los intelectuales desempeñan un gran papel en el desarrollo social.

Son trabajadores que crean riquezas sociales con su trabajo espiritual. No son parásitos de la sociedad que viven saqueándolas y dilapidándolas, ni reaccionarios que obstaculizan el progreso social y el avance histórico, sino creadores que se esfuerzan para producirlas, transformar y desarrollar la naturaleza y la sociedad con la tecnología y conocimientos de su especialidad. Las actividades creativas del ser humano, encaminadas a impulsar el desarrollo de la sociedad y la historia, comprenden el trabajo físico y el mental. Los que se dedican a este último ocupan un papel muy importante en las actividades

del ser humano para crear los bienes sociales. Al margen de las actividades creativas de los intelectuales, es imposible llevar a cabo con éxito la tarea de transformar la naturaleza, la sociedad y el hombre, e incrementar las riquezas materiales, para no hablar ya de las espirituales y culturales. Sólo por esas actividades se aclaran científicamente las leyes del desarrollo de la naturaleza y la sociedad, y los medios y métodos para transformar y cambiar al mundo. Ninguna clase y capa de la sociedad puede sustituir el papel de los intelectuales en la comprensión y transformación del mundo.

El rol de los intelectuales se eleva más a medida que avanza la sociedad y se profundiza la construcción del socialismo y el comunismo. Paralelamente al progreso de la sociedad, se desarrollan sin cesar las ciencias y la técnica, se eleva el nivel cultural y técnico de ella y crece el número de los que se dedican a la labor intelectual. Es legítimo que en la misma medida se incremente su papel. En la sociedad capitalista los intelectuales tienen un carácter vacilante y dual, razón por la cual sólo cuando se educan y atraen al lado de la revolución pueden desempeñar su papel como intelectuales revolucionarios. Mientras que en la sociedad socialista, donde se ha solucionado el problema del carácter vacilante y dual de los viejos intelectuales, éstos se hacen genuinos intelectuales que sirven a las masas populares trabajadoras, y a medida que se profundizan la revolución y la construcción, los nuevos de origen del pueblo trabajador constituyen su contingente principal. Si su papel no se eleva a tenor de la profundización de la construcción socialista y comunista no es posible administrar el Estado de la clase obrera, ni construir una sólida economía nacional auto-sostenida, ni tampoco desarrollar las ciencias y la técnica, el arte y la literatura, según las exigencias de la clase obrera.

Si los intelectuales son parte integrante del sujeto de la

revolución y cumplen un papel importante en la revolución y construcción, esto no se logra espontáneamente. Sólo bajo la acertada dirección del partido de la clase obrera, repito, pueden ser componentes del sujeto, de carácter independiente, de la revolución y jugar satisfactoriamente su papel en el proceso revolucionario y constructivo.

Como los intelectuales no constituyen una clase por separado, no poseen una ideología que refleje sus demandas e intereses como lo hace la clase obrera o la capitalista. Si se arman con las ideas revolucionarias de la clase obrera, llegan a luchar por las masas populares trabajadoras, poniéndose al lado de la revolución, pero si poseen ideas burguesas resulta que se mantienen del lado de la clase capitalista y les sirven a las clases explotadoras. Sólo cuando reciben la dirección del partido de la clase obrera, pueden hacer suya la ideología revolucionaria de ésta y, junto con los obreros y campesinos, levantarse en la lucha por la independencia de las masas populares trabajadoras. Si se quiere que aporten con sinceridad a esta batalla, deben ser concientizados y organizados sobre la base de la idea revolucionaria de la clase obrera. La labor de imbuirles esta conciencia ideológica independiente y agruparlos en una fila revolucionaria, puede llevarse a cabo sólo por la acertada dirección del partido de la clase obrera. Este liderazgo permite a los intelectuales concientizarse y organizarse hasta ser parte integrante del sujeto, de carácter independiente, de la revolución que tiene al líder en el centro.

Únicamente bajo esa premisa, pueden utilizarse positivamente el talento y los conocimientos científicos y técnicos de los intelectuales. Como saben mucho y poseen conocimientos tecnológicos y otros de su especialidad, pueden desempeñar un gran papel en la transformación y el desarrollo de la naturaleza y la sociedad, pero el resultado de su trabajo intelectual se

hace tangible sólo cuando se combina con las actividades creativas de los obreros, campesinos y demás masas productoras. Al margen de esta vinculación, ningún descubrimiento científico y técnico, ni ninguna manifestación cultural, por excelente que sea, puede convertirse en riqueza material y cultural. El partido de la clase obrera los orienta a intensificar la cooperación creadora con las masas productoras, para que sus descubrimientos científicos y técnicos surtan efecto en la vida práctica.

Los intelectuales pueden forjar su destino por vía correcta cuando disfrutan de la dirección del partido de la clase obrera. En la sociedad explotadora no se logra con facilidad que los de origen burgués emprendan un digno camino de vida y lucha, al lado de las masas populares. Para que, incluso los que siguen a la clase explotadora, lleven una vida digna pasándose al lado de la revolución, el partido de la clase obrera debe brindarles una gran confianza y educarlos y conducirlos con afabilidad. Hacer que así ellos luchen firmemente en el camino de la revolución, sin titubear ni vacilar ante ninguna adversidad.

Nuestro Partido, basándose en el análisis científico de la posición y el papel de los intelectuales en los procesos revolucionario y constructivo, trazó una original política al respecto e intensificó la labor con ellos.

El gran Líder planteó la acertada política de educar y transformar de manera activa a los viejos intelectuales y, al mismo tiempo, preparar un gran número de nuevos, procedentes del pueblo trabajador, y de forjarlos a todos como auténticos intelectuales que luchan en bien del Partido y la revolución, de la Patria y el pueblo. Hoy en el mundo ningún partido, excepto el nuestro, ha propuesto esa original política para formarlos como fervorosos revolucionarios y comunistas y la cristaliza hasta sus últimas consecuencias.

Desde los albores de la revolución, nuestro Partido ha canalizado ingentes esfuerzos en el trabajo con los intelectuales. Ya en los primeros días, cuando emprendió la lucha revolucionaria, el gran Líder los consideró como una de las fuerzas principales de la revolución y aglutinó compactamente en las filas revolucionarias a jóvenes estudiantes patrióticos e intelectuales progresistas. A raíz de la liberación, al fundar el Partido, los definió como parte integrante de él, junto con los obreros y campesinos, e hizo que se admitieran activamente en sus filas. Prueba elocuente es la insignia de nuestro Partido que tiene dibujado el pincel además del martillo y la hoz. Nuestro Partido es el único del mundo que procedió así, considerando a los intelectuales como una de las fuerzas principales de la revolución desde su primera etapa. Hasta ahora, ningún otro partido de la clase obrera ha dibujado en su bandera el pincel, junto con el martillo y la hoz. Claro está que también en otras naciones los partidos de la clase obrera tienen incorporados a intelectuales, y algunos en gran número. No obstante, ninguno de ellos los definió como un elemento de su composición.

Como consecuencia, los partidos de ciertos países socialistas sólo dieron importancia a las condiciones socio-clasistas de los intelectuales y los utilizaron temporalmente hasta la formación de los nuevos de origen del pueblo trabajador. Por esto se entiende emplear cierto tiempo sus conocimientos tecnológicos y demás especializados, y no aglutinarlos al lado de la revolución mediante su educación y transformación. Algunos partidos, una vez tomado el poder, les pagaron elevados salarios para aprovecharlos, sin embargo, no los consideraron como una fuerza motora de la revolución, ni efectuaron adecuadamente su educación en la conciencia revolucionaria. El resultado fue que muchos no se esforzaron con tesón por el partido y la revolución, e incluso, surgieron quienes traiciona-

ron a su patria y pueblo, huyendo a otras naciones. Si ellos no trabajaron con abnegación en bien del partido y la revolución, se debe, desde luego, a la insuficiencia de su concientización ideológica, pero, principalmente, se relaciona con que el partido no los consideró como una fuerza motriz de la revolución ni los educó de modo revolucionario, tratando de utilizarlos temporalmente. Aunque el partido de la clase obrera tiene incorporados a intelectuales, si no los toma como una fuerza motriz de la revolución ni los orienta a luchar con todo su ser por él y ésta, resulta que ellos no pueden desempeñar su papel como es debido, ni, por consiguiente, puede decirse que constituyen un elemento componente del partido.

Nuestro Partido definió como tal a los intelectuales y los aglutinó compactamente en torno suyo mediante la educación y transformación. El proceso de forjarlos así como sujeto de la revolución fue acompañado por una aguda lucha contra los fraccionalistas antipartido y contrarrevolucionarios que se opusieron a la política del Partido para con los intelectuales. Estos la impugnaron, preguntando cómo los intelectuales podrían ser elemento componente del partido de la clase obrera, o alegando que considerarlos de ese modo implicaría convertir al partido en una organización pequeñoburguesa. Claro está que el núcleo de este partido, estado mayor de la revolución, es la clase obrera. Sólo teniéndola como médula, puede constituirse con solidez, mantener su carácter revolucionario y dirigir exitosamente la revolución y la construcción. Pero esto no significa que no pueda definir como sus elementos integrantes a campesinos e intelectuales. Sólo con las fuerzas de los comunistas y de la clase obrera no es posible hacer la revolución, ni construir el socialismo y el comunismo. Cuando el partido de la clase obrera aglutina en su militancia a campesinos e intelectuales, puede ser una poderosa organización, profundamente

arraigada entre las amplias masas, y fortalecer el sujeto de la revolución. Nuestro Partido dio al traste con las maquinaciones de los fraccionalistas antipartido y contrarrevolucionarios y aplicó al pie de la letra la original política de considerar a los intelectuales como parte integrante de él, como sujeto de la revolución, gracias a lo cual ha ganado en fortaleza y se ha desarrollado como un invencible destacamento revolucionario en que los obreros, los campesinos y los intelectuales trabajadores están unidos monolíticamente con una sola alma y voluntad.

Nuestro Partido vio en ellos a eternos acompañantes de la revolución y ha venido conduciéndolos desde la posición de responsabilizarse de su destino hasta el fin. Los educó en la conciencia revolucionaria para que combatieran invariablemente en el camino de la revolución. Esta es compleja y difícil. Los intelectuales que no se acrisolan ideológicamente en esta lucha, pueden vacilar ante las dificultades y pruebas e incurrir en errores. A fin de que ellos luchen invariable y consecuentemente en el camino de la revolución hay que educarlos y conducirlos por vía correcta. Si no lo hacen, si sólo los emplean para luego abandonarlos cuando cometen errores, esto no es una posición auténtica de conducirlos responsabilizándose de su destino hasta el fin.

Mirando retrospectivamente la historia del movimiento comunista internacional, se constata que ningún partido presentó en su lucha el asunto de transformarlos en genuinos comunistas mediante su educación revolucionaria. Esto testimonia que en el pasado los partidos de la clase obrera no mantuvieron la posición de responder hasta el fin de los destinos de los intelectuales. Los partidos de algunos países socialistas expulsaron de sus filas a los que tenían faltas. Entre ellos existieron, desde luego, personas que cometieron a conciencia

actos perniciosos, pero no pocos erraron en el curso de trabajar al servicio de la clase obrera bajo la dirección del partido. Depurar a los elementos desafectos y malintencionados es vitalmente necesario para asegurar la pureza de las filas del partido, pero esto no es motivo para expulsar sin ton ni son a los intelectuales que cometen errores. Proceder así dará a los imperialistas y otros reaccionarios un pretexto para la propaganda de que los comunistas los utilizan sólo cuando los necesita para luego apartarlos.

Nuestro Partido educó y orientó a los intelectuales para que sean fervorosos revolucionarios que comparten el mismo destino con la clase obrera. Desde los primeros días de la construcción de la nueva sociedad, el gran Líder presentó la orientación de forjarlos como auténticos revolucionarios, comunistas, e hizo materializarla de manera consecuente, protegiendo así hasta el fin su destino. En el pasado, también en nuestro país los fraccionalistas antipartido y contrarrevolucionarios y algunos funcionarios de estrecha visión trataron de excluirlos de las filas de la revolución con pretextos injustos, ejecutando tergiversadamente la política intelectual de nuestro Partido. Como resultado, muchos de ellos estuvieron en peligro de perder su inapreciable vida política y de ser expulsados. En aquel momento, el Líder protegió su vida política de esas perversas intrigas, afirmando que confiaba totalmente en los intelectuales que trabajan en bien del Partido y el pueblo, y mientras existiera, ninguno los tocaría, y así los condujo a que trabajaran sin desmayo en las filas revolucionarias. Gracias a ello, gran número de intelectuales disfrutaron de la profunda confianza y afecto que les permitieron formarse como cuadros importantes del Partido y el Estado bajo el regazo del Líder.

Aun cuando cometieron errores imperdonables ante el Partido y el Estado, éste no les dio de baja, sino les hizo corregir-

los con la práctica revolucionaria y los templó sin interrupción mediante la profundización de la educación y la lucha ideológicas conforme a las nuevas exigencias de la revolución en desarrollo.

El hecho de que nuestro Partido los guió, asumiendo la responsabilidad de sus destinos, se expresó también en atender con sinceridad su trabajo y vida. Tanto en el período de la construcción pacífica después de la liberación, en que debía levantar una nueva sociedad partiendo de cero, y en el tiempo de la enconada guerra en que necesitaba movilizarlo todo para ganarla, como en la época posbélica en que todo el pueblo debía rehabilitar la economía destruida apretándose el cinturón, él prestó una profunda atención a asegurarles excelentes condiciones de trabajo y vida.

Hoy, en ninguna parte del mundo existirán intelectuales como los nuestros que viven y trabajan sin preocupación alguna bajo la atención del Partido y el Líder. Gracias a la política de nuestro Partido que los atiende hasta el fin, responsabilizándose enteramente de su destino, nuestros intelectuales depositan todo su ser en el Partido y el Líder y, aglutinándose compactamente en su torno, se dedican en cuerpo y alma a la sublime lucha para concluir la causa revolucionaria del Juche.

La práctica comprobó con nitidez la justeza y vitalidad de la política original de nuestro Partido de considerar a la intelectualidad como parte integrante del sujeto de la revolución y elevar sin tregua su papel, así como de atenderlos responsabilizándose hasta el fin de su destino. En el futuro también procurará materializarla a carta cabal para que todos ellos cumplan magníficamente las tareas revolucionarias que le competen.

Hoy, nuestros intelectuales se enfrentan al pesado, pero honroso deber de impulsar con fuerza la lucha para transformar toda la sociedad según la idea Juche.

Esta es una digna obra para realizar de lleno la independencia de las masas populares por medio de forjar a todos los miembros de la sociedad como genuinos comunistas y transformar todas las esferas de la vida social de acuerdo con el requisito de la idea Juche. La tarea de reformar éstas y al hombre según la exigencia de esta doctrina puede llevarse a buen término sólo cuando se despliegan con dinamismo las tres revoluciones: la ideológica, la técnica y la cultural. Ellas son de altísima etapa puesto que están destinadas a realizar por completo la independencia de las masas populares y son tan importantes que han de seguir impulsándose hasta tanto no se construya la sociedad comunista, ideal de la humanidad. En nuestro país se desarrolla con vigor la lucha por llevarlas a cabo integralmente bajo la bandera de la transformación de toda la sociedad según la idea Juche. La realidad requiere que la intelectualidad cumpla con su misión y deber honroso en la realización de esas tres revoluciones.

La revolución ideológica es la labor encaminada a extirpar de la mente de las personas el capitalismo y todas las demás ideas trasnochadas y dotar a los miembros de la sociedad con la idea revolucionaria de la clase obrera, la idea Juche. Los hombres se dejan influenciar por las ideas capitalistas, si no se pertrechan con esta concepción.

Los intelectuales deben defender con firmeza la idea revolucionaria de la clase obrera. Los nuestros se harán vehementes protectores y propagandistas, y consecuentes ejecutores de la gran idea Juche y su encarnación, la línea y la política del Partido, y se pondrán siempre a la delantera en educar a las masas en el espíritu revolucionario, comunista. Y lucharán de modo resuelto para eliminar el capitalismo y todas las demás ideas obsoletas. Por la peculiaridad de su profesión, pueden ser influenciados antes que otros por las ideas capitalistas, pero no

deben asimilarlas ni difundirlas, sino luchar decididamente contra ellas, cuando se hayan infiltrado en nuestro seno.

Los intelectuales del sector de las ciencias sociales tienen que explicar y propagar con alto valor teórico la justeza y originalidad de la idea Juche y su encarnación, la línea y la política del Partido. Al mismo tiempo, lo harán profundamente con las brillantes tradiciones revolucionarias de nuestro Partido de manera que se defiendan, hereden y desarrollen de generación en generación, y revelarán a su debido tiempo la esencia reaccionaria de las corrientes ideológicas antisocialistas que difunden los imperialistas y sus lacayos. Y establecerán el Juche y eliminarán de cuajo las tendencias servilistas en la investigación de la larga historia y brillante cultura de nuestro país, frustrarán las maniobras de los imperialistas y sus seguidores, encaminadas a tergiversarlas, así como las divulgarán ampliamente para incrementar más el orgullo y la dignidad nacionales de nuestro pueblo.

Los intelectuales del sector de la prensa escrita y oral son vanguardias del frente ideológico de nuestro Partido que luchan para cumplir la revolución ideológica. Deben ser educadores ideológicos de las masas, activos defensores y propagandistas de la política partidista y abanderados que exhortan activamente a las masas a llevarla a la práctica. Al dar a conocer en gran escala a genuinos hombres de nuestra época, sobre todo, a los héroes anónimos que trabajan con diligencia en aras del Partido y el Líder, de la Patria y el pueblo, sin importarles que alguien lo vea o no, lograrán que todos los trabajadores confíen y sigan sólo al Partido y al Líder, y en este camino sientan la dignidad de una auténtica vida.

La revolución técnica es una importante tarea que ha de ser cumplida bajo la responsabilidad directa de los intelectuales. Se trata de una revolución dirigida a incrementar con presteza

las fuerzas productivas mediante el desarrollo de las ciencias y la técnica, y una importante tarea política para emancipar a los trabajadores, ya libres de la explotación y opresión, hasta de las faenas duras y agobiadoras.

Lo que importa hoy en el cumplimiento de la revolución técnica es impulsar con pujanza la adecuación de la economía a las condiciones del país, su modernización y fundamentación científica. A los científicos y los técnicos les toca resolver con éxito los problemas que les presenta esa tarea.

Tienen que canalizar los esfuerzos en la investigación para solucionar por su cuenta los problemas de materias primas y energía. Estudiarán con tino para adquirir las materias primas que no existen en el país, o encontrar los sustitutos, así como para descubrir el método más eficiente que nos permita solucionar el problema de la fuerza energética, apoyándonos en nuestros recursos hidráulicos y combustibles. Concentrarán sus fuerzas en resolver los problemas científicos y técnicos en la mecanización combinada, la automatización y la introducción de computadoras y robots en los procesos productivos. Al solucionar los relacionados con el desarrollo de la tecnología electrónica y automática a la altura mundial, producirán, aunque no sea más que una sola, máquinas y equipos automatizados en sumo grado, sobre todo máquinas herramienta, y así procederán también con la construcción de fábricas: las levantarán a guisa de modelo de la modernización y automatización más perfecta. Además, dirigirán grandes esfuerzos a la investigación de la ingeniería térmica y celular. Y profundizarán en el estudio de los problemas relativos a la fundamentación científica de la economía nacional, para colocar sobre una nueva base científica las actividades de producción y gestión de todas sus vertientes.

A los científicos y técnicos les compete, además, vigorizar

la investigación para realizar en un nivel más elevado la mecanización combinada y la aplicación de la química en la economía rural. Deben diseñar una nueva cosechadora combinada de arroz y otras modernas máquinas agrícolas e investigar y producir diversos productos agroquímicos y yerbicidas para así contribuir a hacer más fáciles las faenas agrícolas con la fuerza de la química.

De igual manera, se empeñarán en dar solución a los problemas científicos y técnicos para apuntalar con rapidez las ramas atrasadas en comparación con los países avanzados. Ahora, algunos científicos y técnicos no se esfuerzan en este sentido, sino que sólo se preocupan y limitan a mirar a otras naciones, contaminados por el servilismo. Con esto no se refuerzan los sectores atrasados. Los hemos llevado, uno tras otro, al nivel mundial con nuestro elevado entusiasmo y por nuestra cuenta. La clave para la solución del problema consiste en que nuestros científicos y técnicos se esfuercen con tesón, decididos a colocar cuanto antes a la altura mundial las ramas atrasadas. Teniendo presente que en la Corea del Juche no debe haber ningún sector subdesarrollado y que esta importante tarea recae, precisamente, sobre sus hombros, tienen que correr y correr todos, con la decisión de dar cien y mil pasos cuando los otros dan uno.

A la par que resolver por su cuenta los problemas vitalmente necesarios para el desarrollo de la economía del país, deben llevar a buen término la investigación para introducir logros científicos y técnicos de otras naciones desarrolladas, conforme a la realidad concreta de nuestro país. Sólo así, es posible elevar cuanto antes nuestras ciencias y técnica a la altura de ellas.

Los intelectuales deben alcanzar este objetivo lo antes posible y así contribuir activamente a incrementar sensiblemente la

producción y desarrollar la economía. Por el momento, darán una segura garantía científica y técnica al movimiento por la creación de la "velocidad de la década del 90" y desempeñarán así un papel importante en la marcha general para cumplir una nueva y elevada meta de la construcción socialista.

Les quedan muchas tareas en la revolución cultural encaminada a crear una nueva cultura al servicio de la clase obrera y demás masas populares trabajadoras eliminando el atraso de esta esfera. En la lucha por la construcción del socialismo y el comunismo la creación de la cultura nacional es tarea que corresponde a los intelectuales. Separados de éstos, no es posible elevar el nivel cultural y técnico de los trabajadores ni enfrentarse con la cultura socialista jucheana a la penetración ideológico-cultural de los imperialistas. En fiel acato a la orientación del Partido acerca de la creación de la cultura socialista, llevarán a una fase superior la enseñanza, el arte y la literatura que encarnan la idea Juche y las demás esferas.

Los del sector docente, conscientes de que son revolucionarios que forman cuadros comunistas para el futuro, deben dedicar toda su energía a la instrucción de los integrantes de la joven generación y elevar más su calidad. Les incumbe trabajar con empeño para forjar a los alumnos como cuadros revolucionarios, fieles al Partido y al Líder y dotados con gran capacidad intelectual y rasgos morales comunistas.

Los del sector de la salud pública, dando mayor integralidad a la orientación de la medicina preventiva de nuestro Partido, se esforzarán con tesón para prevenir toda clase de enfermedades, colocar la terapéutica a la altura de las modernas ciencias y tecnología médicas, así como para mejorar el estado de higiene del país en general.

Los del campo artístico-literario crearán gran número de obras que describan la grandeza del Partido y el Líder y los

prototipos de los revolucionarios, infinitamente fieles a éstos y a la Patria y al pueblo, con lo cual harán un gran aporte para educar en la conciencia revolucionaria y elevar el nivel de vida estética y cultural. Repito que deben preparar mucha cantidad y variedad de obras artístico-literarias que estimulen al pueblo a luchar con heroísmo, entre ellas, poesía, novelas, películas, dramas, óperas, canciones y obras de bellas artes.

Depositamos profunda confianza en el gran contingente de intelectuales, crecidos bajo el regazo del Partido y dotados con modernas ciencias y técnica, y talento multifacético, y estamos seguros de que si estas grandes fuerzas se movilizan de manera correcta, es del todo posible realizar cualquier tarea enorme y difícil.

A fin de que los intelectuales cumplan impecablemente con su misión y deber, es preciso imbuirles la conciencia revolucionaria y de clase obrera.

Esto significa armarlos firmemente con la idea de la clase obrera y transformarlos así en genuinos revolucionarios que luchan con toda abnegación para las masas populares trabajadoras. En la sociedad socialista, este proceso conduce a extirpar de su mente todas las ideas trasnochadas y a forjarlos como intelectuales de la clase obrera, pertrechados firmemente con su idea revolucionaria.

Dotarlos con la conciencia revolucionaria y de clase obrera es un requisito indispensable para solucionar definitivamente el problema de los intelectuales. Este es, en su esencia, transformarlos en fervorosos comunistas mediante su concientización revolucionaria y de clase obrera y, al mismo tiempo, elevar el nivel de conocimientos culturales y técnicos de los obreros y demás miembros de la sociedad al de ellos. Por su naturaleza, esta cuestión se presenta diferente según las relaciones socio-clasistas y la exigencia legítima del progreso de la socie-

dad y la conciencia ideológica en cada etapa del desarrollo de la revolución. Antes de la toma del poder por el partido de la clase obrera, se plantea en primer plano el problema de ganarlos al lado de la clase obrera para la formación de las fuerzas revolucionarias, pero después, la cuestión principal es educar y transformar a los que sirvieron en la vieja sociedad para superar su dualidad e incorporarlos activamente a la construcción de una nueva sociedad y, al mismo tiempo, la de preparar nuevos intelectuales surgidos del pueblo trabajador. A medida que, una vez implantado el régimen socialista, se impulsa la construcción del socialismo, ese problema implica eliminar por completo sus ideas caducas, transformarlos en fervientes revolucionarios, en genuinos comunistas, al servicio de la clase obrera y los demás sectores de las masas populares trabajadoras y acabar con la capa social formada por ellos al elevar el nivel de conocimientos culturales y técnicos de todos los miembros de la sociedad al de ellos. A fin de cuentas, la cuestión de los intelectuales en la edificación del socialismo y el comunismo se resuelve cuando éstos se convierten en auténticos dueños de la sociedad por efecto de su transformación comunista y otros miembros de la sociedad alcanzan el nivel de sus conocimientos culturales y técnicos. Así es como el partido de la clase obrera debe canalizar esfuerzos en su concientización revolucionaria y de clase obrera, y, al mismo tiempo, realizar la intelectualización de toda la sociedad.

Dotar a los intelectuales con la conciencia revolucionaria y de clase obrera constituye el asunto que debe resolverse con prioridad para lograr que cumplan con su misión como intelectuales de la clase obrera. En este proceso, llegan a armarse con la conciencia independiente, ideología revolucionaria de la clase obrera, y desplegar sin reservas abnegación y actividad creadora en la edificación del socialismo y el comunismo. Si

no se pertrechan con la ideología revolucionaria de la clase obrera, aunque posean ricos conocimientos científicos y técnicos, no pueden contribuir activamente en este proceso. El talento científico y técnico surte efecto a plenitud sólo cuando se vincula con la conciencia ideológica revolucionaria. Los intelectuales deben ser revolucionarios antes que ser científicos, técnicos y especialistas, es decir, hombres de trabajo mental.

Más que nadie, deben esforzarse con tenacidad para armarse con la conciencia revolucionaria y de clase obrera. Los viejos intelectuales poseen muchos residuos de ideas caducas. Y los nuevos crecidos en la sociedad socialista, aunque reciben la educación revolucionaria, pueden ser más influenciados que otros por las ideas trasnochadas, a causa de su profesión particular. Por eso, si no atraviesan sin cesar y adecuadamente por el proceso de concientización revolucionaria y de clase obrera, no pueden aportar efectivamente a la causa revolucionaria de esta clase, influenciados por ideas extrañas.

En la actualidad, la causa socialista sufre una severa prueba por el avieso desafío de los imperialistas y otros reaccionarios. Como la lucha por ella es el proceso de abrir un camino por nadie explorado, puede tropezar con dificultades imprevistas y sufrir reveses de diversa índole. Los imperialistas tratan de aprovechar la oportunidad en que los países socialistas pasan por contratiempos y vicisitudes temporales para desintegrarlos desde su interior y hacerles retroceder hacia el camino capitalista. A sus maquinaciones antisocialistas intentan asociar a los intelectuales que tienen más residuos de las ideas caducas que nadie y pueden empaparse con facilidad en el agua de las ideas y culturas burguesas. La realidad demuestra que si no se realiza con éxito la concientización revolucionaria y de clase obrera de los intelectuales, como sucede en algunos países socialistas, resulta que ellos, hechos presa de ilusiones hacia el capita-

lismo, se ponen a la delantera en calumniar al régimen socialista e introducir el capitalismo en todas las esferas de la política, la economía y la cultura, e incluso, no vacilan en traicionar al partido de la clase obrera que los atendía. Si entre los intelectuales surgen fenómenos de que, contagiados por la ideología burguesa, simpatizan con el capitalismo y se oponen al régimen socialista, esto se debe, principalmente, a que el partido de la clase obrera subestima la tarea de dotarlos con la conciencia revolucionaria y de clase obrera. En vista de que se agudiza hoy la lucha entre el progreso y la reacción, entre la revolución y la contrarrevolución y entre el socialismo y el capitalismo, llevar a cabo con éxito esa labor cobra suma importancia para proteger su destino y orientarlos a cumplir de modo impecable con su misión y deber como intelectuales de la clase obrera, así como para destruir las intrigas antisocialistas de los imperialistas. Basándonos en las experiencias y lecciones históricas, debemos vigorizar más la labor de dotarlos con la conciencia revolucionaria y de clase obrera.

Las organizaciones del Partido tienen que cristalizar de modo consecuente la invariable orientación de éste, encaminada a intensificar entre los intelectuales la educación ideológica y la actividad orgánica revolucionaria y forjarlos sin interrupción en la práctica revolucionaria.

En la labor ideológica para imbuirles la conciencia revolucionaria y de clase obrera lo más importante es armarlos firmemente con la idea Juche de nuestro Partido. Esta es la auténtica ideología revolucionaria de la clase obrera que ilumina el camino para defender con firmeza y realizar de manera consecuente el requisito consustancial del ser humano independiente. Como doctrina revolucionaria humanocéntrica, dilucida con mayor nitidez la orientación y las vías para transformar la naturaleza, la sociedad y el hombre conforme a la exigencia de

las masas populares por la independencia, basándose en la característica esencial del hombre y la posición y papel que ocupa en el mundo. Sólo de armarse firmemente con la idea Juche, los intelectuales pueden poseer de modo irreprochable los rasgos espirituales y morales del genuino revolucionario, infinitamente fiel a la causa del Juche, y abnegarse para cumplir el deber que les corresponde. Hay que ejecutar con propiedad la labor de dotarlos con los principios de la idea Juche y con las teorías revolucionarias basadas en ellos.

Se precisa prestar atención profunda a hacer que los intelectuales tengan una firme convicción en el socialismo. Esta se basa en la firme fe en la justeza de la causa socialista y en su victoria. Si ahora algunos intelectuales vacilan ante las transitorias dificultades que surgen en el proceso de la construcción socialista e incurrir en el formalismo y el facilismo en el trabajo, esto es, precisamente, una expresión de la falta de firme convicción en el socialismo. Nuestra causa socialista es justa e invencible. Se trata del socialismo del Juche que se ha establecido a base de esta idea y va desarrollándose y perfeccionándose guiado por ella. El socialismo del Juche es el humanocéntrico donde las masas populares son dueñas de todo y todas las cosas de la sociedad le sirven. Que la sociedad humana avance por el camino del socialismo en que se realiza la independencia de las masas populares, es una ley irrevocable del desarrollo de la historia. No cabe duda de que el socialismo humanocéntrico a nuestro estilo, más avanzado, que encarna la idea Juche, se coronará con brillantes victorias. Nos compete poner en perfecto conocimiento de los intelectuales la auténtica superioridad y vitalidad de nuestro régimen socialista que satisface plenamente la demanda propia del hombre independiente, de manera que ellos, con optimismo y convicción en el socialismo, sean fieles hasta el fin a esta causa.

Se procurará que los intelectuales tengan una sólida concepción de vida colectivista. Se trata de un importante problema que siempre se debe tener presente en la educación ideológica. El obstáculo principal en la concientización revolucionaria de las personas es el individualismo y el egoísmo. Para ser revolucionario, se debe poseer el espíritu colectivista que propende a apreciar más los intereses colectivos que los individuales y sacrificarse en bien de la sociedad y colectividad. El colectivismo es el modo de vida y el principio de actividad propios de los hombres que luchan por el socialismo y el comunismo, e importante cualidad del comunista, del revolucionario. Al considerar como matriz de la vida individual la colectividad socio-política con el líder en el centro, la concepción de vida colectivista hace que la gente busque la dignidad y la felicidad en valorar más los intereses colectivos que los individuales y entregar todo su ser a la lucha por la sociedad y la colectividad. Reflejo de la exigencia consustancial del ente social, esa concepción es de la clase obrera que personifica en el nivel más alto el ideal comunista. Implantarla con firmeza es necesario para todos, en particular, para los intelectuales que en muchos casos actúan aisladamente. Hay que procurar que la asimilen como su demanda natural y su credo, para lo cual es necesario hacerles conocer con claridad, sobre la base de sus principios y mediante la experiencia práctica, su auténtica superioridad en comparación con el concepto de vida individualista.

Es preciso que los intelectuales posean ardiente espíritu patriótico. El espíritu revolucionario y el ímpetu combativo comunista tienen su fuente en el ardiente patriotismo que tiende a apreciar como lo más valioso la soberanía del país y la nación, defenderla con firmeza y hacerla brillar. Al margen del desarrollo independiente y la prosperidad del país y la nación,

es inconcebible la causa del socialismo y el comunismo. El genuino revolucionario, comunista, es, precisamente, el ferviente patriota. Para él, el patriotismo es el amor a la patria socialista, estrechamente vinculado con el espíritu de defender al partido y al poder de la clase obrera y de valorar, consolidar y desarrollar el régimen y los logros del socialismo. Este amor se despliega a plenitud sólo cuando se comprende profundamente, sobre la base de los principios que lo rigen y a través de la vida, lo preciosa que es la patria socialista. Nuestra Patria socialista es la cuna de la vida independiente y creadora de las masas populares. El destino de nuestros intelectuales está inseparablemente ligado con el de su Patria socialista. Gracias a poseer esta insuperable Patria del Juche, ellos llevan una vida digna, estudiando a sus anchas y haciendo florecer su talento. Al margen de ella, no pueden pensar en su dignidad y felicidad en la vida, ni en su honor. Probablemente, en tierras extrañas existen intelectuales que tienen fama, pero si no contribuyen con sus conocimientos y técnicas al fortalecimiento y la prosperidad de su Patria, no pueden sentir verdadera dignidad y honor. Los intelectuales patrióticos, aunque vivan en ultramar, no escatiman sus conocimientos y técnicas para la Patria socialista.

Sin embargo, los intelectuales procedentes de la joven generación que nacieron y crecieron en la Patria socialista, disfrutando sólo de la felicidad, no toman clara conciencia de lo valerosa y benevolente que es ella. También los viejos, que en el pasado experimentaron la tristeza por la pérdida del país, lo olvidan gradualmente en el transcurso de vivir felices durante largo tiempo en la Patria socialista establecida por el gran Líder.

Nos incumbe hacer que ellos, con gran orgullo y dignidad por vivir y trabajar en la Patria socialista del Juche, la amen sin

límites y se esfuercen tesoneramente por su prosperidad y desarrollo.

Es necesario, además, intensificar de continuo la educación dirigida a armar firmemente a los intelectuales con la política y las tradiciones revolucionarias de nuestro Partido y elevar su conciencia clasista.

La educación ideológica para imbuirles la conciencia revolucionaria y de clase obrera, hay que efectuarla poniendo énfasis en orientarlos a guardar como su credo y obligación moral revolucionarios la fidelidad al Partido y al Líder, y hacer de ésta una concepción de vida. La causa del socialismo y el comunismo es iniciada y conducida por el líder, y se culmina bajo la dirección del partido. El centro de la colectividad socio-política es el Líder, y el regazo de la Patria socialista es precisamente el de éste. La educación ideológica encaminada a dotar a los intelectuales con la conciencia revolucionaria y de clase obrera se reduce, en esencia, a cultivar la fidelidad al Partido y al Líder. Las organizaciones del Partido la efectuarán sustancialmente, enfocándolo a hacer de ésta su convicción y obligación moral revolucionarias, para que todos asimilen como su concepto de vida humana la concepción revolucionaria del Juche. De esta manera, lograrán que ellos vivan y luchen con dignidad, bien conscientes de que confiar sólo en el Partido y el Líder y consagrar todo lo suyo a la batalla por éstos, sin importarles que alguien lo reconozca o no, es ser fiel a la Patria y al pueblo, vivir con mayor honestidad y llevar una vida honradísima.

Hace falta intensificar entre los intelectuales la vida orgánica revolucionaria.

Esta es un medio eficiente para imbuirles la conciencia revolucionaria y de clase obrera. Los miembros de la clase obrera trabajan en colectivo, incorporándose directamente en

las actividades productivas para conquistar la naturaleza y crear riquezas materiales, pero los intelectuales, separados de éstas, se dedican al trabajo espiritual y en muchos casos actúan aisladamente. Como la labor productiva de la clase obrera da resultados evidentes, se puede medir gráficamente quién trabaja con sinceridad o no, pero en el caso de la labor intelectual no sucede esto porque no da resultados tangibles. La clase obrera posee un fuerte espíritu revolucionario, de organización y disciplina y fuerza de unidad, mas no es así en la intelectualidad. Pero esto no puede ser motivo para obligarles a todos al trabajo productivo.

Para los intelectuales la vida orgánica revolucionaria sirve de escuela que siembra en su mente el espíritu revolucionario, organizativo y de disciplina. A través de esta vida, ellos logran establecer el ambiente de materializar a carta cabal la línea y la política del Partido, y asimilar la ideología de éste y del Líder como elemento nutritivo de su vida política. Sólo cuando las personas participan en las actividades orgánicas revolucionarias, pueden pensar y actuar de acuerdo con la exigencia del Partido y los intereses de la colectividad socio-política, y cultivar el espíritu organizativo y de disciplina, desistiendo del individualismo, liberalismo y otros hábitos de vida trasnochados. Esas son actividades socio-políticas basadas en la concepción de vida colectivista y modo revolucionario del vivir que les permite cultivar plenamente el espíritu organizativo y de disciplina. Es una grave equivocación considerarlas como una sobrecarga o limitación de la libertad. La vida orgánica se ajusta a la naturaleza independiente del ser social. Puede afirmarse que para los revolucionarios no puede ser libertad o dignidad vivir a su capricho, alejados de esa vida. No es libertad sino libertinaje. Si éste se considera como libertad personal, no será diferente de la vida de los animales. Si las personas no

participan en forma debida en las actividades orgánicas, tomándolas por una limitación de la libertad, se contagiarán con gravedad por el individualismo y el liberalismo, incurrirán en diversos errores y, finalmente, se quedarán rezagados de la revolución.

Las organizaciones del Partido deben prestar especial atención a intensificar entre los intelectuales la vida orgánica revolucionaria. Los orientarán a participar a conciencia y sinceramente en ella, teniendo un correcto punto de vista al respecto y la guiarán en estrecha ligazón con el cumplimiento de las tareas revolucionarias. De modo particular, programarán con esmero y realizarán con tacto la educación y la lucha ideológicas, conforme a las peculiaridades laborales y al estado ideológico y espiritual de los intelectuales.

La práctica revolucionaria constituye una vía importante para cultivarles una férrea voluntad.

Esta voluntad revolucionaria es una importante cualidad y rasgo ideológico y espiritual que deben poseer los intelectuales de la clase obrera. Pero éstos carecen de la firme voluntad revolucionaria que les permite sobreponerse a las dificultades y pruebas, pues trabajan calmosos en condiciones relativamente sosegadas y se les conceden pocas oportunidades para templarse en las grandes obras de construcción o la lucha práctica por la producción.

Los intelectuales deben forjarse en forma revolucionaria, ante todo, en la lucha práctica para cumplir bien las tareas que les incumben. Esta batalla práctica para transformar la sociedad y la naturaleza y crear lo nuevo foguea sin cesar a la gente y la convierte en revolucionaria. La investigación científica, la enseñanza de la joven generación, la creación de obras artísticas y literarias, y otras tareas que competen a los intelectuales, no son menos difíciles que el trabajo productivo, si quieren

cumplirlas con propiedad. Tienen que forjarse y superarse por vía revolucionaria mediante el cumplimiento de sus principales tareas. Siempre estarán en centros de producción y se penetrarán profundamente con las masas productoras para aprender de su espíritu revolucionario y organizativo, su férrea voluntad e ímpetu combativo, así como se incorporarán activamente al trabajo en los viernes y otras labores sociales. De esta manera, todos nuestros intelectuales deben prepararse firmemente como genuinos revolucionarios, comunistas de tipo jucheano, con un elevado espíritu revolucionario y capacidad combativa.

A fin de que ellos cumplan exitosamente con su misión y deber, es necesario poner de pleno manifiesto su inteligencia y talentos en la revolución y la construcción.

Son poseedores de ricos conocimientos científicos y tecnológicos. El éxito de la revolución y la edificación depende en gran medida de cómo se despliegan su inteligencia y talentos. Debemos prestar atención profunda para que los muestren a plenitud.

Al respecto es importante orientarlos a mantener con firmeza la posición jucheana.

Por esto se entiende hacer de la idea Juche su fe inmutable y pensar sólo según sus postulados, resolverlo todo a nuestra manera y poseer una actitud de cumplir bajo su responsabilidad y con su fuerza las tareas revolucionarias que tienen por delante. Si ellos no tratan todos los problemas desde la posición jucheana, sino desde la servilista y dogmática, no pueden desarrollar las ciencias, la técnica, la educación y la cultura del país, según la exigencia de las masas populares por la independencia. Con actitud servilista y dogmática, ni siquiera pueden aplicar adecuadamente su inteligencia y talento, porque se les paraliza la facultad de pensar de manera creadora. Mantener

con firmeza la posición jucheana debe constituir el principio básico en el trabajo y las actividades de los intelectuales.

En esta tarea lo principal es absolutizar la línea y la política del Partido. Estas son la estrategia y tácticas de nuestra revolución, que tienen sintetizados los requerimientos y la voluntad de nuestro pueblo. Sólo de tomarlas como credo y apoyarse estrictamente en ellas, es posible solucionar todos los problemas relativos a la construcción socialista, de acuerdo con la exigencia y los intereses de nuestra revolución y nuestro pueblo. Los intelectuales deben aceptarlas como lo más justo y tomarlas como única guía de trabajo. Y les compete superar a tiempo, mediante una recia lucha ideológica, fenómenos inadmisibles como no ser sensibles a la política del Partido e interpretarla a su albedrío.

Para los intelectuales, en el mantenimiento de la posición jucheana, es muy importante poseer el espíritu de dar primacía a la nación coreana. Este espíritu deviene base ideológica y espiritual que les permite cumplir con la sublime misión que como intelectuales de Corea asumen ante la Patria y la revolución. Sólo si lo poseen, pueden mantener una actitud y posición de apreciar lo suyo, confiar en su fuerza y resolverlo todo por su cuenta, poniendo así en pleno juego su inteligencia y actividad creadoras. Con gran orgullo y honor por vivir y hacer la revolución en el régimen socialista más avanzado bajo la dirección del gran Líder y del gran Partido, y valiéndose de la inmortal idea Juche y las brillantes tradiciones revolucionarias, ellos deben luchar con abnegación para dar mayor brillo a este régimen, a la economía nacional autosostenida y a la cultura nacional socialista.

Para poner de manifiesto la inteligencia y el talento de los intelectuales es importante hacer que posean el espíritu de apoyarse en sus fuerzas y de luchar con tenacidad. Nunca es ancho

y llano el camino para contribuir con la ciencia y técnica a la revolución y la construcción. Tanto en la investigación científica como en la renovación técnica hay que desplegar en alto grado ese espíritu, porque sólo así es posible vencer las dificultades y vicisitudes que salen al paso y resolver con éxito complicados problemas científicos y técnicos. Huelga decir que en esto es importante la inversión estatal o la medida social, pero no pueden surtir grandes efectos si los intelectuales, encargados directos del progreso científico-técnico no se movilizan ni se esfuerzan con tenacidad. Si se quejan sólo por las inversiones y por las condiciones en la situación difícil en que la construcción socialista se impulsa enfrentándose cara a cara a los imperialistas norteamericanos, nunca pueden elevar nuestras ciencias y técnica al nivel mundial. Ellos deben cumplir puntualmente sus tareas con la determinación y espíritu combativo de que lo harían mejor si hay suministros de la instancia superior, pero también en el caso contrario, por propia cuenta.

Estrechar la colaboración creativa con las masas productoras y organizar y movilizar de modo correcto la fuerza colectiva de los científicos y técnicos es de suma importancia para poner de pleno manifiesto la inteligencia y el talento de los intelectuales. Las masas productoras son excelentes maestras de éstos. Les corresponde implantar el ambiente revolucionario de recibir de ellas fuerza e inteligencia compenetrándose siempre profundamente con ellas y trabajar confiando y apoyándose en su talento y capacidad creadora. No deben actuar con petulancia, sino apoyarse en las masas productoras e intensificar la cooperación creativa con ellas para resolver a tiempo los apremiantes problemas científicos y técnicos que se presentan en la producción y la construcción. Y tienen que dar rienda suelta a la fuerza colectiva en la investigación científica y en el cumplimiento de la revolución técnica. Para imprimir

un nuevo cambio a estas tareas, los científicos y técnicos deben acabar de cuajo con toda clase de tendencias departamentalistas, de trabajar de manera artesanal, encerrados por estrechas vallas, e intensificar por todos los medios posibles la colaboración y el estudio conjunto entre los centros de investigación científica y entre éstas y las instituciones educacionales.

Hace falta elevar sin tregua el nivel académico de los intelectuales.

Su nivel de conocimientos científicos, técnicos y culturales representa el del desarrollo nacional en estas esferas; de su capacidad profesional depende el progreso científico, técnico y cultural del país.

Pero, ahora no puede considerarse alto el nivel académico de ellos. El Partido exige que posean conocimientos más perfectos de las modernísimas ciencias, técnica y cultura. Prestando atención profunda a elevar su capacidad profesional, se procurará que entre ellos surja gran número de talentos sobresalientes, entre otros, científicos, inventores y creadores de fama mundial.

La capacidad profesional es el fruto del afanoso y entusiasta estudio. Los intelectuales deben plantearse altas metas y estudiar más que nadie con férrea voluntad, para dominar así a la perfección sus especialidades y adquirir conocimientos amplios y profundos. Elevarán también su nivel de conocimientos de idiomas extranjeros para asimilar en gran escala las experiencias avanzadas y éxitos de otras naciones. Además, se organizarán activamente entre ellos seminarios, fórums de exposición y cosas por el estilo, y se divulgarán y difundirán a tiempo sus excelentes logros en la investigación científica, para incrementar su interés por el estudio y generalizar en amplia escala estos éxitos investigativos. Asimismo, hay que

tomar medidas para darles a conocer a tiempo la tendencia mundial del desarrollo científico-técnico enviándolos al extranjero o invitando como conferencistas a renombrados científicos de otras naciones.

Se precisa recapacitarlos sistemáticamente para elevar sin cesar su nivel académico, de acuerdo con la exigencia de la realidad en desarrollo.

A fin de que los intelectuales pongan en pleno juego su inteligencia y talentos, es necesario respaldar activamente su labor.

Para ellos, la confianza y el amor de la organización y del colectivo son tan valerosos, que no pueden cambiarse por nada. Al calor de esta confianza y amor brilla la vida socio-política y se pone de pleno manifiesto el fervor revolucionario y la actividad creadora. Nos incumbe prestar una profunda atención a sus actividades políticas, de manera que desplieguen un elevado celo en el cumplimiento de las tareas revolucionarias, y aun en el caso del fracaso temporal en su trabajo, tratarlos con amabilidad e infundirles convicción y ánimo, desde la posición de compartir la responsabilidad. Especialmente, debemos estimular de modo activo a los científicos y técnicos a que trabajen con fervor para que progresen las ciencias y la técnica de país. Al darles una profunda confianza y apreciarlos, y concederles el respeto y relevancia social que merecen, lograremos que laboren con alto orgullo y dignidad.

Hace falta dirigir una gran atención a facilitarles las condiciones de trabajo. Se procurará que se les aseguren mejores gabinetes de investigación, laboratorios y condiciones de redacción, y que se les suministren suficientes equipos y medios. Para desarrollar las ciencias y la técnica no deben escatimarse recursos ni esfuerzos. Nos corresponde concentrar en esta tarea la fuerza del Estado, teniendo en cuenta la

demanda real de la construcción socialista y la perspectiva del desarrollo del país y la nación. También debemos asegurar mejores condiciones de vida a los científicos, técnicos y otros intelectuales.

Hay que llevar a buen término la formación de nuevos intelectuales.

Esto es un requisito importante para seguir incrementando el espíritu revolucionario y la capacidad creadora de las filas de intelectuales. Si los intelectuales desean cumplir con honor el importante deber que les toca en la realización de la causa revolucionaria de la clase obrera, deben armarse firmemente con la ideología de esta clase y poseer alta capacidad creadora. De cómo se mantienen en alto y se elevan más esta capacidad y el estado ideológico de las filas de los intelectuales, depende en gran medida la formación de los nuevos intelectuales. Si se preparan bien los de origen del pueblo trabajador, se incrementan las capacidades ideológico-espirituales y técnico-prácticas de esas filas, y se cumplen mejor las tareas revolucionarias que les incumben. El asunto de su formación cobra mayor importancia a medida que se profundiza la construcción socialista. Con el desarrollo de la sociedad aumenta el número de intelectuales y en la sociedad socialista los nuevos constituyen el destacamento principal de cuadros nacionales, razón por la que formarlos mejor se presenta como una importante cuestión relacionada con el porvenir de la nación y con el destino de la revolución. Los intelectuales de la joven generación son los que deben seguir en la tarea de resolver los problemas científicos, técnicos y culturales que sus antecesores dejaron inconclusos, y que han de descubrir y crear lo nuevo en esta esfera para llevarla al nivel mundial. Puede decirse que formarlos bien constituye una garantía importante para desarrollar sin interrupción las ciencias y la técnica de acuerdo con las tendencias de la época.

La formación de nuevos intelectuales es una labor destinada a forjar a los integrantes de la joven generación como cuadros comunistas dotados con firme cosmovisión revolucionaria y conocimientos de las modernas ciencias y técnica y culturales. Los nuevos intelectuales deben poseer una conciencia ideológica independiente. En el caso contrario, aunque posean ricos conocimientos científicos, no pueden entregarse a la construcción socialista ni poner de pleno manifiesto el espíritu revolucionario de apoyarse en sus propias fuerzas y de luchar con tenacidad. Además de la conciencia ideológica independiente, tienen que adquirir una elevada capacidad creadora, fuerza que les permite forjar su destino y transformar la naturaleza, y la sociedad. Cuando carecen de esta capacidad, aunque tengan esa conciencia, no pueden desempeñar su papel como dueños de la naturaleza y la sociedad.

Realizar con acierto la recomendación y selección entre los aspirantes a las universidades constituye la premisa para formar con propiedad a los nuevos intelectuales. De entre los graduados de las escuelas secundarias integrales debemos seleccionar y enviar a las universidades a los jóvenes que tienen la determinación ideológica de dedicar todo lo suyo en aras del Partido y el Líder, de la Patria y el pueblo; han estudiado bien, y se han fogueado en el trabajo o el servicio en el Ejército. En esta tarea el factor determinante debe ser, invariablemente, el nivel de preparación intelectual. Las organizaciones del Partido y de la Juventud Trabajadora Socialista prestarán atención profunda a que dicha labor se efectúe conforme a las exigencias partidistas.

Hay que ejercer sustancialmente la instrucción científica y técnica, sin dejar de realizar con tino la educación político-ideológica.

La necesidad de priorizar esta educación entre los estudian-

tes, se relaciona con las peculiaridades de su edad y del desarrollo de su conciencia. En cuanto a la edad, la etapa universitaria coincide con la juventud, y en lo tocante al período de educación, con la fase de la enseñanza superior. En esta etapa la gente establece la cosmovisión, y según la instrucción que recibe puede poseer o no la concepción revolucionaria del mundo.

En la educación político-ideológica de los universitarios lo principal debe ser implantar la concepción revolucionaria sobre el Líder. Esto significa efectuarla, dando la principal atención a hacer que todos veneren con fidelidad al Líder, defiendan y salvaguarden por todos los medios posibles su autoridad y prestigio, y hagan su propio credo de sus ideas revolucionarias y las materialicen incondicional y consecuentemente.

Poner el acento principal en el establecimiento de la concepción revolucionaria sobre el Líder en la educación político-ideológica es un requisito indispensable que emana de la misión de nuestras universidades. Estas son universidades del Partido, de la revolución, que forman cuadros revolucionarios, comunistas, que se encargarán del futuro de la Patria. El núcleo de los rasgos ideológicos y espirituales de estos cuadros lo constituyen la auténtica lealtad y amor filial al Líder que no se alteran bajo ninguna circunstancia. A las universidades les compete realizar todas las formas de la educación, prestando la atención principal a formar a esos cuadros que saben considerar esa lealtad y amor como su primera forma de la vida, hagan su convicción de la ideología revolucionaria del Líder y plasmarla a carta cabal con el principio de hacerlo incondicionalmente. Repito que ellas deben impartir con diversas formas y métodos, y poniendo el énfasis en el establecimiento de la concepción revolucionaria sobre el Líder, toda la educación políti-

co-ideológica, en especial, en la política del Partido, en las tradiciones revolucionarias, en la conciencia clasista y en las ideas comunistas.

Se precisa llevar a feliz término la enseñanza científica y técnica.

Sólo así, es posible que los universitarios adquieran amplios y profundos conocimientos sobre la naturaleza y la sociedad, y resuelvan de modo satisfactorio los problemas científico-técnicos en las actividades prácticas encaminadas a transformarlas. En acato a la orientación de nuestro Partido de conceder la importancia primordial al estudio, ellos estudiarán con aplicación sus especialidades para así poseer amplios y profundos conocimientos.

En la enseñanza científica y técnica, hay que adecuar los contenidos de todas las asignaturas a las exigencias de la política del Partido y vincularlos estrechamente con la realidad concreta de nuestro país. Así, se procurará que los estudiantes se pertrechen firmemente con la política del Partido, aprendan, aunque sea sólo una cosa, lo que necesita con apremio nuestra construcción socialista, y sepan aplicar la técnica y demás conocimientos adquiridos para llevar a la práctica esa política.

Hace falta incorporar de manera activa a los jóvenes intelectuales, graduados universitarios, a las actividades de los grupos por las tres revoluciones, para temprarlos bien como vanguardias de la revolución, como abanderados de la lucha.

Estas actividades cobran una gran importancia para forjarlos por vía revolucionaria. Si los jóvenes intelectuales participan activamente en ellas, no sólo pueden consolidar y ampliar más los conocimientos adquiridos en los centros docentes, sino también experimentar en carne propia la justeza y vitalidad de la política de nuestro Partido, tener la determinación y convicción de ejecutarla hasta el fin y cultivarse la voluntad revolu-

cionaria de vencer las dificultades interpuestas en el camino de la lucha. Además, llegan a adquirir capacidad para educar y organizar a las masas, y método y estilo revolucionarios de trabajo. Al incorporarlos a dichas actividades, debemos lograr que se preparen cabalmente como comunistas, dotados con la sólida cosmovisión revolucionaria del Juche y con ricos conocimientos científicos.

Los jóvenes intelectuales deben formarse firmemente como vanguardia de la revolución, infinitamente fiel al Partido y al Líder. En la lucha práctica por el cumplimiento de las tres revoluciones, la ideológica, la técnica y la cultural, tienen que comprender con mayor profundidad la grandeza del Partido y el Líder y los beneficios que éstos les conceden a ellos, así como guardarles lealtad como su obligación moral revolucionaria, como su credo inmutable. Aprendiendo de la lealtad inmaculada e invariable de la clase obrera al Partido y al Líder, se convertirán en vanguardia de la revolución que los defienda en lo político e ideológico y plasme ejemplarmente la línea y las orientaciones del Partido, poniéndose a la cabeza de las masas.

Al mismo tiempo, han de prepararse como abanderados de la lucha, que no transijan con ningún tipo de fenómeno negativo. Participando en las actividades de los grupos por las tres revoluciones, lucharán con intransigencia contra los fenómenos negativos que contravienen al sistema de ideología única y de dirección del Partido, las prácticas de violar las normas y reglamentos legales del Estado, y contra los métodos y estilos de trabajo trasnochados, y en este curso irán forjándose consecuentemente como firmes abanderados de la lucha.

Se precisa, además, llevar a buen término la intelectualización de los obreros, campesinos y demás trabajadores.

El sistema de enseñanza en que se estudia sin apartarse del

trabajo, tiene una importancia trascendental en la tarea de convertirlos en intelectuales. Es difícil instruir a todas las personas en las universidades regulares para intelectualizar a toda la sociedad. Si los trabajadores que participan en la construcción socialista reciben la enseñanza superior, incorporados al instituto superior de fábrica y a otros centros docentes de trabajo y estudio, es decir, sin apartarse de las actividades productivas, será posible elevar con rapidez su nivel cultural y de conocimientos en general, asegurando al mismo tiempo la continuación de la producción.

Los institutos superiores de fábrica, pesca y de granja agrícola constituyen la forma superior del citado sistema docente y magnífica base para intelectualizar a los obreros y campesinos. Nos compete fortalecer y desarrollar más este sistema para mostrar sin reservas sus ventajas y vitalidad.

En esos institutos, a la vez que se intensifica la enseñanza de la idea Juche, hay que impartir amplios conocimientos especializados, científicos y técnicos, relacionados directamente con sus sectores respectivos; dárselos, aunque sea uno, útiles y aplicables en la realidad, valiéndose de los medios visuales y objetos reales, de manera que hagan un gran aporte para incrementar la producción y desarrollar la técnica. Como estudian sin apartarse del trabajo, hay que asegurarles buenas condiciones docentes. En el período de la pasada Guerra de Liberación de la Patria, aunque era muy grave la situación económica del país, nuestro Partido instauró y puso en funcionamiento normal los institutos superiores de fábrica, y les aseguró todo lo necesario para el estudio pese a las difíciles circunstancias porque debían asegurar la producción para la contienda. En la situación actual, si los funcionarios prestan una mínima atención, pueden garantizarles cuantas condiciones sean necesarias para los estudiantes de los institutos superiores de fábrica, de

pesca y de granja agrícola. Al sector correspondiente le compete estructurar las filas de sus profesores con personas preparadas en lo científico y teórico, en lo técnico y práctico, y asegurarles suficientes materiales de estudio y condiciones de ensayo y práctica. Los funcionarios directivos de las fábricas, empresas y granjas agrícolas, dejando de inclinarse sólo a la producción, dirigirán especial atención a facilitarles las condiciones necesarias a los estudiantes. Y sus organizaciones del Partido intensificarán la labor con éstos y les darán a conocer claramente la esencia y la superioridad del sistema de enseñanza en que compaginan el estudio con el trabajo, para así formarlos como excelentes cuadros revolucionarios, como comunistas, que sean ejemplo tanto en la producción como en el estudio.

Trabajar con tacto con los intelectuales ocupa un lugar muy importante en la labor con la gente, la actividad principal del Partido.

Elevar el papel de los intelectuales en la revolución y la construcción mediante la labor exitosa con ellos se presenta hoy como una tarea importante a la que las organizaciones y los funcionarios del Partido deben prestar especial atención. Estos deben conocer con profundidad la esencia y la originalidad de la política intelectual de nuestro Partido, partiendo del punto de vista jucheano acerca de la posición y el papel de los intelectuales, y profundizar en la labor con ellos, conforme a la exigencia del desarrollo de la revolución y la importante tarea que les incumbe para que en el futuro, al igual que en el pasado, todos cumplan de manera impecable con su honrosa misión y deber en la lucha para concluir la causa revolucionaria del Juche, en fiel acato a la línea y la política de nuestro Partido.